

Sociedad fragmentada y políticas sectoriales

*Joaquín Abellán**

La tesis básica sería que las diferencias entre izquierda y derecha son cada vez menores, aunque subsisten disimilitudes vinculadas con la percepción individual y colectiva, esto es, con la visión que grupos y sujetos tienen de sí mismos en cuanto pertenecientes a la izquierda y a la derecha. Esas percepciones satisfacen la necesidad de diferenciarse, aunque a la hora de las posiciones concretas tales diferencias no se hagan efectivas.

Sería bueno preguntarse por qué ha ocurrido este proceso de convergencia, no sólo implícito en la práctica sino también explícito en los discursos: me refiero por ejemplo a la última campaña electoral del partido socialdemócrata alemán, rubricada con el lema de «nuevo centro».

En un intento por dar una respuesta a esta pregunta, analizaría tres ámbitos de la realidad cuyo estudio nos podría mostrar por qué se han perdido los perfiles distintivos.

En primer lugar, en el terreno político-constitucional, nos encontramos con una base común, el sistema democrático, que es un marco muy fuerte, que implica el reconocimiento de derechos y libertades. Dados esos elementos comunes tan decisivos, las únicas diferencias se producen en la interpretación de ciertos derechos, en la búsqueda de ampliación de algunas libertades o en la aplicación de esos derechos a determinados colectivos, por ejemplo, los inmigrantes. En este ámbito tenemos un fundamento para decir por qué las diferencias se han borrado: porque hay un marco común, el de la democracia.

En el segundo campo, que sería el del mundo económico y de la producción, pareciera sin embargo que saltan a un primer plano las diferencias. Pero enseguida se puede constatar que los elementos comunes son también muy fuertes. Las diferencias dependerían de que aquí la izquierda quiere aplicar en el ámbito de la producción los principios políticos de autonomía personal, igualdad, dignidad del hombre, a fin de que impregnen la dinámica de lo económico. Este objetivo se manifiesta en la voluntad de

* Profesor Titular de Historia del Pensamiento. Universidad Complutense de Madrid.

ampliar los derechos sociales, el sistema de pensiones y las prestaciones sociales en general. En definitiva, en reclamar un papel guía del Estado en este terreno. Pero es preciso reconocer que el propio sistema de producción y las relaciones internacionales y económicas imponen ya unas limitaciones muy importantes a cualquier intento de convertir al Estado en director.

En cuanto al tercer terreno, que podríamos denominar en sentido amplio como el de la cultura o el del sistema cultural, parto también de que puede haber diferencias entre izquierda y derecha, al acentuar la izquierda el espíritu de innovación, de creatividad, de libertad, de introducción de nuevas pautas de vida alternativas, como por ejemplo lo ecológico en tanto nueva relación entre hombre y naturaleza. Sin embargo, estas diferencias tenemos que percibir las en el marco de una generalización de ciertos modos de vida que son comunes, que ya no permiten distinguir, en términos de izquierda y de derecha, por ejemplo, consumos culturales, estilos de vida, gustos en el vestir, en la música o en otros sectores de la vida cultural.

Con todo esto quiero decir que la fragmentación de las sociedades altamente desarrolladas en distintos subsistemas (los que nombré: político, económico y cultural) hace que no quepa un único eje de diferenciación, propio de una sociedad menos desarrollada. Cada sector tiene una dinámica propia, que no se deja trasladar a los otros. Esto hace que en cada sector las diferencias pasen por lugares distintos y que no todas esas diferencias sean englobables en un único eje o punto de ruptura que recorra todos los ámbitos. No hay una única visión de izquierda y de derecha, porque esto querría decir que es posible una única visión del mundo, sea de izquierda o de derecha. Y eso es precisamente lo que no puede darse ya: estamos en una sociedad que no da lugar a una sola visión del mundo. La fragmentación impone la imposibilidad de una única visión, sea cual fuere, comprensiva, absolutizadora, «monoteísta». En ese sentido se ha perdido, desde la Segunda Guerra Mundial, el papel director de la política como único eje, capaz de englobar a todos los ámbitos de la vida social. Y por eso no puede proporcionar cosmovisiones generales. La política es ahora un sector junto a otros.

En cuanto al tema del nacionalismo, habría una diferencia originaria entre la izquierda y la derecha, en tanto la izquierda ha ido más allá del nacionalismo. Pese a ello, el propio desarrollo del Estado nacional democrático ha hecho posible la integración del movimiento obrero y del socialismo al Estado, aunque la izquierda ha mantenido unas relaciones de cooperación con partidos hermanos internacionales, más que la derecha.

En el caso español, durante unas décadas hemos asistido a una suerte de conversión de la izquierda hacia un reconocimiento no siempre claro, ni

sobre todo teóricamente fundamentado y expresado, de los nacionalismos periféricos (vasco, catalán y gallego). Esto se dio hasta ahora, momento en el que se asiste a un freno de esa tendencia de la izquierda. Hasta ahora, más que una aceptación teórica, ha habido por parte de la izquierda una tolerancia de hecho hacia esos nacionalismos, dictada por la necesidad política o por la mala conciencia ideológica, o para desligarse del franquismo. En definitiva, se ha ido avanzando en ese abandono de la idea de España como nación. Sólo se habla de Estado español, por ejemplo. No hizo la izquierda con el nacionalismo lo que había hecho con el internacionalismo: una reflexión teórica que fundamentara su aceptación. En la actualidad, ante el temor a una desintegración, la izquierda está reclamando una visión de la nación española que sólo sabe que no quiere ser ni franquista ni nacionalista. Es decir, sólo ahora se ve la necesidad de esa formulación teórica no realizada. Las negligencias teóricas pasadas muestran ahora sus consecuencias en un grado de alarma considerable. La izquierda política quizá no ha elaborado el tema de la nación y ha sido víctima de su miedo a ser tachada de franquista. No ha visto la posibilidad de una idea de nación democrática, como si creyera que el único modo de pensar la nación hubiera sido el franquista. Por eso es que hay impotencia política y teórica ante el discurso de los nacionalismos periféricos, que parten de un concepto de nación cultural, al que convierten en base para identificar sus territorios como naciones, con reivindicaciones políticas inmediatas. La incoherencia teórica radica en que partiendo de ese concepto de nación cultural, los nacionalistas concluyen en que Galicia, Cataluña y País Vasco son naciones, cuando lo lógico sería decir que existe la nación catalana, la vasca y la gallega, sin duda, pero que Cataluña, País Vasco y Galicia son entonces plurinacionales. Este tendría que ser el punto de partida para cualquier reordenamiento político-territorial o constitucional (creación de una federación o de una confederación). La multiculturalidad está en España en la medida en que Cataluña, Galicia, y País Vasco son parte de España. Si el País Vasco, Cataluña y Galicia fueran independientes, seguirían siendo, al menos por un tiempo, multiculturales y multinacionales, mientras que lo que quedaría de España no tendría ese rasgo, porque culturalmente esa parte restante es homogénea. No se puede utilizar el concepto de multiculturalidad aplicado a España para ocultar que País Vasco, Galicia y Cataluña son multiculturales. Desde el punto de vista teórico es así, otra cosa es el curso político que tenga este fenómeno. Fundamentar la reclamación de una confederación o federación sobre la base de una homogeneidad cultural nacional en esos territorios me parece incoherente. Si políticamente se consigue es, como digo, otro problema, pero teóricamente,

que es lo que como intelectual me preocupa, es incoherente, porque se da por supuesta una homogeneidad cultural nacional que en estos territorios no existe. Partiendo del concepto de nación de los nacionalistas se puede concluir que existe la nación catalana (cuyo núcleo fuerte está en España, pero también hay otros catalanes en el sur de Francia), pero entonces, aplicando igualmente ese concepto, hay que concluir que Cataluña es plurinacional. Por otro lado, si esos partidos nacionalistas a pesar de la falta de homogeneidad cultural nacional en Cataluña, País Vasco y Galicia hablan de que Cataluña, País Vasco y Galicia son naciones, ¿por qué no dicen que España es una nación, aunque su homogeneidad cultural nacional no sea total, dado que hay algunos que son portadores de un legado plural? Lo que desde el punto de vista conceptual y teórico vale para Cataluña, País Vasco y Galicia, vale o tendría que valer asimismo para España.